

Hora del aperitivo en el paseo de Recoletos. La cita con José Esteban, en adelante Pepe Esteban, es en el Café Gijón. Un reducto de abolengo literario que contrasta con el Madrid de la «triste estepa de las llamadas cafeterías, grises y mediocres». El autor saluda a los parroquianos. Los camareros le regalan lisonjas. Pide vino de Rueda y desdeña los canapés. «Los viejos cafés dibujaban un campo único en el que amistar en medio del ambiente depreador y egoísta de las grandes ciudades», reflexiona.

Este ecosistema jalonado de tertulias, de actos culturales y de personajes, de índole diversa y de recorrido también dispar, conforma el grueso de *Ahora que recuerdo* (Reino de Cordelia, 638 páginas), el volumen en el que Esteban compila sus memorias literarias. El libro puede considerarse un documento de imprescindible consulta para escarbar en los entresijos culturales del último medio siglo en la capital.

El autor, natural de Sigüenza (Guadalajara) y madrileño de adopción, está hasta las narices de que los periodistas titulemos las entrevistas con él calificándole como *el último bohemio*. «El último no ha nacido aún. Porque la bohemia no es una moda, sino un estado de conciencia que significa indisciplina, exceso de idealismo, exaltación lírica, heterodoxia, alegría, seguridad en las propias convicciones», puntualiza a EL MUNDO.

Escritor, editor, librero, crítico literario, bibliófilo, viajero. Barojiano de crianza, galdosiano hasta la médula, especialista valleinclanesco, azañista coherente. Pepe Esteban es un tipo que irradiaba bonhomía y un republicano al que Vox pone los pelos de punta. «Si ganan las elecciones o gobiernan, me marchó a Portugal».

A sus 82 años, lúcido y socarrón, no esconde su miedo a las aterradoras consecuencias de la pérdida definitiva de la capacidad de



Café Gijón.
Madrid,
protagonista de las
memorias de José
Esteban, / SERGIO
GONZÁLEZ VALERO

José Esteban.
El escritor y editor
recopila medio siglo de
trayectoria en 'Ahora
que recuerdo' (Reino
de Cordelia), sus
memorias literarias

UN AGITADOR BAROJIANO DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS

POR RAÚL
CONDE MADRID

recordar. «Buñuel estaba muy preocupado por la memoria. Su ejemplo resulta inspirador. Creo que todo escritor debe contar su paso por la vida. No llevo diarios porque me aburre mucho. La gente que tiene diarios no dice más que tonterías. Preferir ir construyendo las memorias en pequeños capítulos».

Esteban procede de una familia de orientación izquierdista, aunque moderada. Con cierto patrimonio, aunque también moderado. «Azaña dijo de Romanones: 'político español, una mierda en Madrid'. Pues yo digo de mi familia que era rica de Sigüenza y pobre de la capital». Aterrizó en la

capital en 1955. «Vine de un pueblo que entonces era clerical y fascista. Madrid fue un gran descubrimiento, no sólo el principio de la vida, sino de la escritura».

A partir de esa época, de la mano de su paisano, el artista Antonio Pérez, logró introducirse «con pasmosa facilidad» en los cafés del viejo Madrid. Sobre todo, frecuentó la tertulia del Café Pelayo, decantada hacia la izquierda. «Las tertulias hoy desaparecen porque no hay cafés. Si hubiera cafés, habría tertulianos», apostilla.

En sus memorias no hace acopio expreso de su labor como editor. Tampoco evoca su militancia en el PCE hasta que Santiago Carrillo

EVOCABA SU VÍNCULO,
A TRAVÉS DEL VIEJO
MADRID, CON
AUTORES COMO
BERGAMÍN, BRYCE
ECHENIQUE Y
CABALLERO BONALD

lo expulsó en los 70. Se centra en su carrera como escritor. La censura vetó sus primeros poemas en la revista *Ínsula*. Más tarde despuntó en *Acento Cultural* —una publicación en la que el crítico Rafael Conte ejercía de secretario de redacción— y, de la mano del maestro Víctor Márquez

Reviriego, recaló en *Triunfo*. Estudió Derecho en la vieja universidad de San Bernardo antes de fundar la editorial Turner, sello desde el que rescató a autores como Cernuda, Moreno Villa y José Bergamín. Autores republicanos proscritos por la bota de Franco. Él deja claro que el hecho iniciático de vena literaria cristaliza en el contacto con Pío Baroja. «Sólo le vi una vez. Y su entierro fue maravilloso. La mañana era gris y éramos muy poca gente. Apareció Hemingway». Ahí arrancó una andadura que le ha llevado a cultivar todos los géneros y a publicar decenas de títulos entre los que sobresalen novelas como *El himno de Riego* (1984), *La España peregrina* (1986) y *El crimen de Mazarate* (2016).

Pero en su bibliografía figuran también valiosos estudios como *Diccionario de la Bohemia* (2017), varios ensayos sobre el inveterado arte del insulto en las letras hispánicas —especialmente revelador es *iJudas... Hi de puta! Insultos y animadversión entre españoles*— y un selecto ramillete de libros sobre la literatura de cocina.

En sus memorias pululan algunos de los principales escritores de la segunda mitad del siglo XX. Relata su amistad con Bergamín, Caballero Bonald, Ángel González y Alfredo Bryce Echenique. Recalca que Vicente Aleixandre «siempre acababa firmando» los manifiestos contra la dictadura. Pondera la poesía de Claudio Rodríguez, José Hierro y Bousño. Evoca la «tristeza» que desprendía Buero Vallejo y tacha de «resentido» a Umbral. Elogia a Vargas Llosa, se inicia en el alcohol con Hemingway en El Escorial y detesta al «presuntuoso» de César González-Ruano.

Cela dejó escrito que «el mundo se divide en dos clases: los amigos y los hijos de puta». Pepe Esteban ha conocido a lo largo de su vida a muchos de las dos clases. Su principal virtud consiste en extraer punta de todos ellos desde la entrega a su pasión por la literatura.